

LA GUERRA AFGANA FORJADA POR SVETLANA ALEXIÉVICH

Por Miguel Urbano Rodrigues

Los libros de Svetlana Alexiévich están marcados por un anti-sovietismo agresivo.

El último, *Los muchachos de zinc (La generación soviética caída en la guerra de Afganistán)** es quizás el más reaccionario.

La Editora Elsinore colaboró, invitando a José Milhazes, un profesional del anti-comunismo, a escribir el prefacio de la traducción portuguesa.

LA AGRESIÓN A LA HISTORIA

La extensa narrativa de la escritora, Premio Nobel de Literatura, configura una agresión transparente a la Historia, ejecutada mediante un conjunto de entrevistas. Un trabajo colosal.

La autora informa que los entrevistados son hombres y mujeres de la ex-URSS que participaron en la guerra de Afganistán o familiares de militares que murieron en ese país. Una peculiaridad importante: en esos testimonios no consta el nombre de los entrevistados, solamente el puesto o la relación familiar con la madre o esposa de los que hablan o murieron en la guerra.

Svetlana omitió la identificación de oficiales, soldados y parentela.

«En el libro -aclara- no aparecen nombres verdaderos. Unos pidieron secreto de confesión, otros quieren olvidar todo. Es posible que un día mis héroes deseen ser conocidos».

La explicación no es convincente para los lectores; el carácter anónimo de los testimonios les quita credibilidad.

HISTORIAS SINIESTRAS

La gran mayoría de los testimonios que Svetlana afirma haber grabado en sus entrevistas es terrible. Si fueran auténticos, los oficiales y soldados que hablaron con la escritora serían responsables de crímenes monstruosos y las fuerzas del ejército soviético que participaron en la guerra de Afganistán una horda de asesinos, drogadictos, sádicos, violadores y ladrones comparable a las SS de Hitler.

Para que los lectores tengan idea de los testimonios incluidos en el libro transcribo breves extractos de algunos.

-Escuché va arios hombres diciendo: matar puede dar satisfacción; matar es un placer (...) Eran alimentados con carne con gusanos, pescado que sabía a herrumbre. Todos teníamos escorbuto - enfermera.

-Han traído del «verde malaquita» un teniente sin brazos ni piernas. Y sin nada masculino - consejero militar.

-Las jeringuillas descartables no estaban esterilizadas. La mitad no aspiraba la solución; tenían defectos - sargento sanitario.

- ...vi cómo los médicos compran con cheques dos vasos de orina de un enfermo de ictericia. Para enfermarse - soldado operador de comunicaciones.

-Después del combate en un árbol hay una oreja humana... un ojo humano se desliza por un rostro humano - comandante de un pelotón de infantería.

- Han traído dos prisioneros. Fue necesario matar a uno porque en el helicóptero no había lugar para dos, pero necesitábamos uno para obtener información - soldado lanzador de granadas.

-¿Por qué motivo los jóvenes de 18 o 19 años matan con más facilidad, digamos, que los de 30? – mayor de propaganda de un regimiento de artillería.

-El objetivo de algunos era sobrevivir y llevar para casa algunos bienes: un televisor, un abrigo de piel de carnero... un grabador de los buenos - del mismo mayor.

- Yo no era capaz de entrar en la morgue. Llevaban allí carne humana mezclada con tierra - médica bacterióloga.

- ¿Quién le va a mostrar un hilo con orejas humanas secas?... Trofeos de guerra – primer teniente de artillería.

-Traían heridos a la URSS y los descargaban en las traseras del aeropuerto para que el pueblo no lo supiese - mayor comandante de una compañía de fusileros

- No hablé del entusiasmo de los tripulantes de helicóptero cuando lanzaban granadas. Estaban orgullosos: qué bello es el espectáculo del *kichtak* (aldea afgana) en llamas - sargento zapador.

-Tenía conmigo un pequeño cuchillo, que servía para abrir latas de conserva. Un cuchillo vulgar. Él estaba en el suelo... Lo agarré por la barba y le corté la garganta - soldado zapador.

Estos textos son una muestra del género de testimonios reunidos por Svetlana Alexiévich en más de doscientas páginas de su libro.

EL OTRO AFGANISTÁN

La vida me permitió como periodista visitar repetidamente Afganistán, de 1980 a 1989, durante la guerra.

Además de semanas en Kabul, estuve en Mazar-i-Charif y Balkh en el Norte, en Jalalabad cerca de la frontera de Pakistán, atravesé la llanura que termina en las escarpas del célebre paso de Khyber, crucé en una columna militar el túnel de Salang, en la llamada carretera de la vida que conecta la capital con la frontera de Uzbequistán. Recorrí el país en avión, automóvil y carros blindados soviéticos y afganos.

Hablé con centenas de afganos, militares, intelectuales, artesanos, obreros, y con mujeres combatientes. Visite la Universidad de Kabul en donde las chicas, de jeans, eran más numerosas que los muchachos.

De ese Afganistán revolucionario no habla Svetlana. ¡Pero existió! Fue real y durante una década su ejército resistió victoriosamente a los bandos armados y financiados por los EEUU y entrenados por la CIA en Pakistán. Los mujahedines eran llamados por Reagan «combatientes de la libertad» y sus jefes, traficantes de heroína, «nuevos Bolívares».

La revolución no fue vencida por las armas. Acabó cuando Gorbachov, de acuerdo con Washington, puso término a la entrega de petróleo al gobierno de Kabul. Sin pan y combustibles, la lucha era imposible.

Visité cuarteles soviéticos en la cordillera. Conversé con oficiales y soldados en los fortines de la carretera del Norte. En esas instalaciones militares no identifiqué trazos de indisciplina, de violencia, ni suciedad.

Escribí mucho en Portugal y países de América Latina sobre ese Afganistán, un país y un pueblo en las antípodas del Afganistán imaginario de Svetlana Alexiévich.

Por Afganistán pasaron aproximadamente 500 000 militares soviéticos. El total de muertos rondó los 15 000. La URSS tenía entonces una población de 290 millones. El total de portugueses muertos en las tres guerras coloniales llegó a 8 300. El porcentaje de víctimas en la URSS fue de 0,005 %, en Portugal de 0,092%, es decir 18 veces superior.

Cito esas estadísticas porque ayudan a comprender el panorama de tragedia presentado por Svetlana en una obra de falsificación de la Historia.

Las últimas 70 páginas de *Muchachos de Zinc* (referencia a los cajones metálicos que llegaban con los muertos en la guerra afgana) son ocupadas por documentación

relacionada con acciones judiciales instaurados contra Svetlana Alexisvich -acusada de calumnia y difamación- por militares rusos y familiares de los muertos soviéticos en Afganistán.

Ignoro si esos textos fueron introducidos a pedido de la escritora o por iniciativa de la editorial.

Incluyen parte del veredicto del Tribunal de Minsk, el extenso discurso que Svetlana pronunció allí, testimonios en la audiencia que acusan la escritora o la defienden, y cartas de personalidades y organizaciones, la mayoría apologéticas de la autora de *Muchachos de Zinc*.

La sentencia absolvió a Svetlana en uno de los procesos y la condenó parcialmente en otro. No hay referencia a otras dos acciones judiciales también instauradas contra la escritora.

* Svetlana Alexiévich, *Rapazes de Zinco- A geração soviética caída na guerra do Afeganistão*, Editora Elsinore, 343 páginas, Amadora, Marzo de 2017

Traducido por el autor. Revisado por La Haine